

Fuente: Agustín de La Hoz

**D**ejando a trasmano la Vista de Las Nieves, por el caminillo que, desde Los Valles de Santa Catalina, da al barranco Maramajo, tiene uno forzosamente que ver el histórico esqueleto de la ermita de San José, junto a la casona vetusta, donde antaño los Herrera-Peraza se hacían cenobitas por temporadas y por puro placer. Tuvo primitivo lagar esta santa casa, que constituyó siempre el báquico mojón de la Vega del Santo Carpintero. Estas tierras bermejas, otrora habitadas por seres mitológicos y melancólicos<sup>1</sup>, dieron mucho oro vivo con que pagar a moros y cristianos<sup>2</sup>, si bien hoy la fértil vega, opulenta y preñada de vides entonces, anda casi cubierta de enormes sábanas negras, o enarenados, a modo de grandes sudarios de penitencia, como si la madre tierra fuera la única encubridora de los delitos que dieron nombre y peor fama al barranco de La Horca<sup>3</sup>, detrás de la montaña Chimia y al pie de Cerro Terroso. Por aquí se pasma el paisaje y todo queda proscrito, sin que se salve siquiera la brisa, porque ésta viene silbando y repleta de arenillas voladoras, amalgamándose así los dos elementos que forman la mítica serpiente de mar que tiene Lanzarote, una serpiente que no es reptil durante su eterna cabalgadura insular, sino semiaérea, porque de norte a sur atraviesa la tierra a grupas del viento, para sumergirse de nuevo en el océano con igual violencia que los centauros cuando arrebatában a las mujeres de los laphitas. En ese río de arenas voladoras sobrevive la Vega del Revolcadero, donde campea el ganado cabrió haciendo mil milagros para encontrar verdes y abundantes matas. Acá de la Vega parece inverosímil la octaviana existencia de Las Laderas, diminuta aldea de pastores, cuyas casitas parecen los colorines de las ropas cam-



pesinas tendidas al sol. En Las Laderas se fabrica un queso muy mantecoso y de excelente sabor, demandado no ya por todas las Islas Canarias, sino además por exquisitos gastrónomos de la España peninsular. Pero, no todo es quesería en este pueblecito casi inexistente, porque también está dedicado al cultivo de las leyendas de amor, de dioses fantásticos y brujas vencidas. Acaso sea Las Laderas el pueblo que más mitología tenga mezclada con el tuétano, quizá porque como afirmaba el gran San Jerónimo<sup>4</sup> el desierto y la soledad son pródigos para la cría de seres fantásticos, a veces con adherencias zoomórficas. Sí, ahí está la aldea de Las Laderas, con su buen queso, tan cercana y, empero, tan escondida, tan silenciosa e inasible, como si perteneciera a esa buida gama de realidades de cuya existencia todo el mundo duda.

Desde Las Laderas pasa uno a Las Manchas, o mejor, bordeándolas, porque El Jable crece por allí hasta formar una meseta árida y ardorosa, donde el sol parece tener su mejor santuario. Todo cuanto abarca la vista es desierto, y, al fondo, el azul marino debajo de otro azul claro, sin nubes ni bochorno. El cielo y la mar compiten en tersura. Arriba evolucionan algunas palmípedas y abajo relumbra el capricho de las velas latinas. Sobre la orilla el caserío blanquísimo de La Caleta.

Entrar en La Caleta de la Villa<sup>5</sup>, así por sus espaldas, causa la misma impresión que cuando lo hacemos por un poblado moro del próximo desierto sahariano, pues igual que aquéllos los callejoncillos de Las Caletas se inundan de fina arena. Empero, esta residencia estival tiene su mayor encanto de cara al mar, con la visión onírica de su marina, sus pescadores sentados al abrigo de sus barquillos, éstos verdaderas obras de arte que poseen los carpinteros de ribera. En ringla, «embancados», están las más veloces embarcaciones del lugar, cuales son «San Juan», «El Consuelo» y «El San Francisco», que no tuvieron otro rival a no ser el «Jesús del Gran Poder», supremo vencedor en el torneo insular de San Ginés. Este histórico campeón salió para Playa Blanca, de donde no ha vuelto a Las Caletas porque fue adquirido por Mariano Morales González, residente en el país del Rubicón.

El pequeño caserío de La Caleta constituye una isla, ya que está segregado de todo, porque mientras al frente tiene el océano, detrás lo «aisla» el desierto del Jable, demostrándonos así que no aspira a marchar tierra adentro ni a rumbar sobre la mar, acaso porque prefiere ser nada más que un pequeño promontorio habitado, un sueño poblado... Ahora se explica uno el «Port Lligat» del celebrado pintor lanzaroteño César Manrique, que contra viento y marea estudió en La Caleta de la Villa. Desde el estudio de César quiere uno ver las mágicas visiones que por todas partes se ofrecen. La misma luz no es motivada por la estación, ni por los días, ni siquiera por las horas, sino por los instantes, cada uno de los cuales llevó a Manrique una claridad recién nacida. De este «Port Lligat» onírico saltó César hacia los anchos caminos de la fama, con sus pupilas



llenas de luces esquivas, pero cuya belleza ha sabido llevar a los más famosos lienzos de su ya meritoria obra, donde su isla de Lanzarote ha sido tema y materia de inspiración<sup>6</sup>.

La Caleta de la Villa no tiene cien habitantes, aunque cuando van los habituales veraneantes parece un hervidero. En realidad, veraneantes hay siempre, porque el clima lo permite y porque en esta cala preciosa si unos se van otros llegan. Los que de fijo viven aquí son las familias pescadoras, que inmigraron hace lustros de la isla Graciosa. Estos pescadores inmigrantes trajeron y conservan las ancestrales costumbres de aquel paraíso donde la moral y la limpieza corporal son sus dogmas principales. Por eso, los habitantes de La Caleta se apellidan todos Morales, Tavíos o Batistas, que son los que predominan en La Graciosa. El magnífico fabricante de «timples», residente hoy en la Real Villa, Simón Morales, nació en La Caleta. Claro, que no todo el tiempo es bueno para pescar, y por eso los habitantes del puertecito —tiene un humilde espigón— se ven obligados a embarcar como marineros a bordo de los veleros de Arrecife que pescan en la Bahía del Galgo, quedando La Caleta sin las figuras extraordinarias de esos hombres casi míticos.

Deambular por el pueblecito no cuesta gran esfuerzo, ya que cuanto él es está al alcance de la mano. Por cualquier lado puede uno llegar al otro sin emplear más de cinco minutos, a no ser que se quiera medir la Playa de Famara con sus cinco kilómetros largos. Las calles son fieles al mar, y a él se encaminan repletas de arenas limpias. Todo está de cara al mar, como expresando que de él ha salido; incluso la ermita del Corazón de María, es fiel al mar porque parece un barco más sobre la orilla. La misma fiesta de la Virgen antoja una atávica fidelidad al mar, siendo los bañistas quienes exclusivamente costean el 22 de cada septiembre una función, un sermón y una procesión, para en seguida disfrutar de las aguas que los veraneantes intentan inventariar a cada instante como cosa soñada e inexplicable.

Una madrugada de enero de 1937, el viejo pescador, Nicolás Bernal Sosa, se hizo a la mar para pescar en Las Bajas, por la Rada de Penedo, cobrando algunas piezas de regular tamaño. Mas, a las tres de la mañana, se desató tan fuerte temporal que, al recibir el primer impacto de las olas, perdió las nasas y demás aparejos de pesca. Un segundo golpe de mar lo sacó «limpio» de su barquito, viéndose el sesentón sin poder nadar debido a las fuertes mareas que, ola tras ola jugaban con él. Nicolás Bernal, que de cobarde no tenía un pelo, decidió no morir ahogado, porque como él mismo afirmaba, «sambullendo» y «gatiando» por el fondo ganó los dos kilómetros que le separaban de la Playa de Famara. Luego en La Caleta viejos y jóvenes celebraron el regreso de Nicolás que, a pesar de sus afirmaciones, siempre vio ante sí pupilas incrédulas y muecas desdeñosas. Sin embargo, hoy, las narraciones del viejo lobo de mar se repiten con orgullo, hasta el punto de que ya ninguno se atreve a dudar, sino que, por el contrario,



exagera y pondera la hazaña de Nicolás, «hombre decidido y valiente», como diría don Pío.

Tiene La Caleta un raro edificio que construyó don Luis Ramírez, el de las visitas al Vaticano, y que a su muerte donó a la parroquia de la Real Villa de Teguiise, pero que en la actualidad anda solitario, sin dedicación a menester alguno. Don Luis Ramírez, famoso en Lanzarote, donó a la ermita del Corazón de María un Viacrucis confeccionado con conchas marinas. Don Luis Ramírez por donar, sembró de donaciones a la isla, y de ahí su fama local y, acaso, su definitiva bienaventuranza.

La Caleta, pueblo pescador, sigue siendo una «isla», un reducto octaviano que emerge del mar para poner entre sí y el resto de la isla madre esas invisibles murallas que tiene todo desierto. Pero, ahí, en su playa, en sus casas, en su mar, está la luz prodigiosa, vibrátil y trémula, para transfigurar a los seres y a las cosas.

De noche, la inverosimilitud de la preciosa cala se hace más prodigiosa, con el trágico de los pescadores, lleno de murmurios, el silencio plateado de luna, la quietud divina del mar, terso y brillante, como si fuera argentina cuajadura:

*«Sobre la mar esta noche  
se ha perdido, soñando, el pensamiento».*

Se abre una ventana y ese mar nos dice que existe solamente por el aroma que entra casa adentro, convenciéndonos entonces que la noche de este pueblecito no es ninguna imaginación.

## NOTAS AL CAPÍTULO

---

1. Hasta principios del presente siglo era común de ver los tristes campos de los tepales.
2. En 1542 los varones y hembras dedicados al cultivo de esta papa, solo recibían como «jornal» la cantidad justa de vino y la «embocadura» de pan, constituyendo la medida de esos dos elementos la clásica «cuba» que aún en nuestros días se usa con frecuencia.
3. Existe en los Archivos de la Real Villa de Teguipe un acta de protesta ante don Rodrigo Pezón, y que firman dos beneficiados de aquella Iglesia Matriz, por la ejecución en 1703 de seis sietes sin ser previamente juzgados.
4. Dice Burkhardt, que San Jerónimo tiene por anécdotas a los señores que señalaban el camino a San Antonio cuando este va a visitar a Pablo «y le imploraban su patrocinio».
5. Toma este nombre en honor a la Real Villa de Teguipe, a cuyo municipio pertenece.
6. Mi agradecimiento al pintor por ilustrar la portada de esta obra.